

Alberto Lleras: convivencia, un régimen emocional y moral en Colombia

Myriam Jimeno

Profesora Emérita, Universidad Nacional de Colombia

Preliminares

En 1958 Colombia inauguró un experimento político llamado Frente Nacional que duró entre 1958 y 1974. Su fin principal fue lograr acuerdos entre los dos grandes contendientes de la confrontación interna que se prolongaba desde alrededor de 1946, con varios miles de víctimas en el área rural, y que sacudía a la sociedad entera. La Violencia se denominó en Colombia a ese oscuro período.

El control del Estado era la piedra de toque del conflicto entre los dos partidos políticos hegemónicos, el liberal y el conservador, denominaciones ya por entonces transformadas en la mayor parte de América Latina. El acuerdo fue entre estos dos partidos y pactó alternarse la presidencia de la república y repartir de forma proporcional los cargos oficiales (González, F., 1997¹). Solemos escuchar entre académicos y gentes del común que fue “un pacto de élites”, un gran acuerdo de repartición burocrática que excluyó a movimientos y partidos de oposición, principalmente al Partido Comunista de Colombia. Sin duda su acento en reglas de repartición del aparato de Estado y el pronto surgimiento de nuevos focos insurgentes nubló el efecto principal de pacificación interna de la gran mayoría del país durante casi treinta años, y su importancia crucial en el restablecimiento de la democracia (Henderson, J., 2006²; Karl, R, 2018³).

Argumento que ese acuerdo se forjó y fue posible por el intenso clima emocional colectivo - marcado por grandes movilizaciones sociales - y no fue apenas el frío acuerdo entre políticos calculadores alejados del “pueblo”. En ese momento Colombia continuaba sacudida por la

¹ Para un estudio del lugar de los partidos en la identidad histórica colombiana véase González, Fernán. (1997). “Aproximación a la configuración política de Colombia”, en F. González. *Para leer la Política. Ensayos de historia política de Colombia*. (Tomo I). Bogotá: Cinep.

² Henderson, James. (2006). *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez (1889-1965)*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

³ Karl, Robert. (2018). *La paz olvidada. Políticos, letrados, campesinos y el surgimiento de las FARC en la formación de la Colombia contemporánea*. Bogotá: Librería Lerner.

[Escriba aquí]

confrontación entre liberales y conservadores que se extendía desde el campo político hasta múltiples aspectos de la vida social, en especial las migraciones de pobladores rurales a las ciudades en busca de refugio, la usurpación de tierras, el ambiente de zozobra en el centro y occidente rural y un clima general de división aguda entre sectores sociales entorno a ideas políticas. La respuesta autoritaria de un golpe de estado militar para detener los abusos del gobierno conservador dio un alivio muy fugaz y más bien provocó a los estudiantes, los sindicatos, las mujeres, los políticos, a movilizarse para detener los nuevos abusos de poder, como lo veremos. Recuperar la tranquilidad, apagar el incendio de asesinatos y asaltos en el campo, recobrar y ampliar la democracia alentaron las protestas públicas cada vez mayores, como lo veremos. Dentro de ese clima social y emocional se cambiaron de forma perdurable las reglas de la vida política nacional y se forjaron las instituciones de un país en vías de modernización, lo que fue posible gracias a la interrelación entre acción política y preocupaciones sentidas por una importante masa de colombianos.

Alberto Lleras Camargo (1906-1990), escritor, periodista, político liberal, fue el principal actor político, que usó a fondo una oratoria cuidosa, una dicción precisa del español, una voz de barítono, un estilo vocal lleno de autoridad (Karl, 2018, pp. 9) para exponer el sufrimiento que padecían millones de colombianos y la necesidad de restablecer la convivencia civil: “estamos sufriendo por haber abandonado la tradición de Colombia [...] necesitamos compromiso con la restauración de la voz de la libertad” (Lleras, 1976, pp.73)⁴. Se trató, entonces, de acudir a una narrativa que invocaba principios generales compartidos, tradiciones e instituciones, tanto como las emociones de miedo, valor, dolor y amor a la patria.

Recurro a los discursos públicos de Alberto Lleras en la coyuntura política ocurrida entre 1953 y 1958, es decir, durante los años de tránsito entre la deposición del presidente conservador Laureano Gómez en junio de 1953 a manos de un golpe de estado encabezado por el general Gustavo Rojas Pinilla⁵, y la recuperación de la democracia mediante un plebiscito y el acuerdo del Frente Nacional (1958), cuyo primer presidente fue el propio

⁴ Lleras, Alberto. (1976). “De la campaña contra la dictadura. 1955-1958. Discurso del Tequendama”, en Lleras, A. (1976). *Escritos Selectos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, pp. 55-73.

⁵ Rojas Pinilla (1900-1975), militar e ingeniero, era el comandante de las fuerzas armadas en 1953; gobernó entre 1953 y 1957. Ha sido el único golpe de estado en el siglo XX y hasta la fecha en Colombia.

[Escriba aquí]

Lleras. Creo que sus palabras públicas permiten evidenciar la arquitectura de valoraciones emotivas incrustadas en las ideologías fundacionales, como en general sucede con las formulaciones políticas innovadoras.

Las emociones públicas se generan de formas variadas en las que juega un papel central la retórica de los líderes políticos, porque los objetivos colectivos no se sustentan por sí solos, se necesitan motivación emocional y moral fuertes, nos recuerda Martha Nussbaum (2014)⁶. Cuando estudiamos un evento social podemos ir más allá de los trazos generales y los grandes resultados al escudriñar los regímenes emocionales y morales puestos en juego, para no etiquetar con simpleza procesos complejos en los que los sentimientos morales se tornan palancas de cambio político.

2. Convivencia ciudadana, la restauración de la democracia

Hacia 1954 Alberto Lleras se dividía entre estar exiliado de la vida pública en su cargo como el primer secretario de la OEA en Washington, “tengo el propósito irrevocable de no volver a participar en política activa [...] el resto de mis días”, pero “me obsesiona la idea de devolverme [a Colombia]” (Citado en Karl, 2018, pp. 19)⁷. Se decidió por renunciar a la OEA y volver al país para contribuir “a la formación de una opinión pública democrática” (Citado en Karl, 2018, pp. 19).

Precipitaron su decisión circunstancias particulares. Entre 1951 y 1955, ocurría el punto más alto de la violencia partidista en los campos, con miles de víctimas mortales y centenas de refugiados en las ciudades. Ya desde finales de 1949 el presidente conservador (Mariano Ospina) declaró estado de sitio, cerró el congreso, instauró la censura de prensa y abrió un régimen político unipartidista. La violencia contra los adeptos al partido liberal impidió que pudieran ir a las urnas ese año y quedó electo solo con votos conservadores el beligerante político conservador Laureano Gómez (1950 - 1953). Este, lejos de contener la confrontación, la incentivaba con una política abierta de “homogenización” partidista, que

⁶ Martha Nussbaum (2014). *Emociones políticas. ¿Por qué el amor es importante para la justicia?* Bogotá: Editorial Planeta.

⁷ Tomado de Circular N. 20, *La declaración de Benidorm*, 28 de septiembre de 1956, y cartas de Lleras Camargo a Santos, 31 de diciembre de 1952.

[Escriba aquí]

implicaba la persecución de las autoridades locales a los liberales, una verdadera cruzada que se acompañaba de una retórica contra la influencia moral perniciosa del liberalismo, ateo, masón y comunista (Henderson, 2006; González, 2014⁸; Melo, 2017⁹). Solamente durante 1950 murieron en los campos colombianos cincuenta mil personas (Oquist, 1978¹⁰; Henderson, 2006), mientras en distintas regiones se formaron guerrillas liberales de resistencia, profundizando la confrontación.

La convocatoria a una reforma constitucional inspirada en el falangismo de Francisco Franco en España, sumada la enfermedad del presidente Laureano Gómez, fue el punto de quiebre. Una coalición de sectores de ambos partidos juzgó intolerable la situación y auspició, en junio de 1953, un golpe militar del comandante del ejército, General Gustavo Rojas Pinilla, concebido por sus ideólogos como medida transitoria para recuperar la paz y convocar a nuevas elecciones.

Empero, duró poco la esperanza pacificadora en el gobierno militar. Muy pronto fue visible el talante autoritario del nuevo gobierno y su deseo de permanecer en el poder más allá de lo previsto. Rojas Pinilla declaró ilegal al Partido Comunista y adelantó agresivas campañas militares contra las regiones donde existían pequeños grupos de guerrillas de influencia comunista que no habían entregado las armas en el armisticio que había decretado poco antes. La situación fue de mal en peor con la detención de opositores y las medidas de censura de la prensa y la radio, los medios de comunicación por entonces. Alberto Lleras entonces volvió al país y retomó sus columnas en *El Espectador* dedicadas a pedirle cuentas a Rojas por sus excesos y autoritarismo. En 1955, fue el orador central en el acto de desagravio contra la toma militar de las instalaciones del diario *El Tiempo*, el 3 de agosto de 1955¹¹:

“El Tiempo no es la única víctima del desorden institucional [...] tenéis el duro honor envidiable de encarnarlas a todas” [...]. “Se clausura [el periódico El Tiempo] y se invita al pueblo a celebrar la extinción de un pensamiento disidente como si se tratara de la victoria sobre huestes extranjeras [...], la máquina de silencio soplando sobre la

⁸ González, Fernán. 2014. *Poder y violencia en Colombia*. Bogotá: CINEP, Colciencias.

⁹ Melo, Jorge Orlando. 2017. *Historia mínima de Colombia*. México: El Colegio de México.

¹⁰ Oquist, Paul. 1978. *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: Banco Popular.

¹¹ La clausura duró 2 años en los que circuló como disidencia el diario *Intermedio*.

desamparada antorcha”. Estamos, continuó, “exigiendo que la autoridad tenga un límite, el gobierno una frontera trazada por delegación del pueblo, y el hombre una armadura de derechos intraspasables” (Lleras, 1976, pp. 56 y 57).

Entonces afirmó que fue la “destrucción de la Republica” la que lo animó: “Regresé a Colombia sin ánimo de volver a intervenir en vida pública”. “Escogí como actividad para mi voluntario retiro, la de servir a la educación, en una universidad privada [Universidad de Los Andes]”. (Lleras, 1976, pp. 57). Pero “He seguido con la más grande perplejidad la evolución que se vino cumpliendo en el fondo y en las mismas formas de gobierno” (Lleras, 1976, pp. 58). Si bien el ejército llegó a la rama ejecutiva como “un puente provisional entre el caos y la normalización inaplazable”, tenía la misión de restablecer “el gobierno civil y la forma republicana y democrática del régimen”. Pero desembocó en “un gobierno personal”. Es preciso entonces “volver a intervenir, por medio de elecciones puras, sin sangre ni dolor (...)” y restaurar la democracia (Lleras, 1976, pp. 65 y 66).

Restaurar la democracia se volvió el tema de la insistencia política de Lleras, respaldado ya por una mayoría de los liberales, mientras el gobierno militar perdía apoyo y la economía debilitada, abría más la brecha. En 1956 avanzó con una propuesta de diálogo impensable, insólito en las condiciones de la álgida confrontación interna, un diálogo con los conservadores. Un sector liberal vio la propuesta, en efecto, como una posibilidad en medio de la agudización del conflicto en provincia y lo nombraron como jefe del partido con la misión de buscar el acercamiento. Lleras viajó a España a reunirse personalmente con Laureano Gómez, *el Monstruo* como le decían, que permanecía exiliado en España.

Lo dijo así Lleras:

“[...] correspondería examinar cuál debe ser nuestro comportamiento ante la perturbación del orden público por los fenómenos constantes de violencia. [...] El estado de inseguridad viene, cuando menos, de hace diez años, con alteraciones favorables fugaces, con incrementos tremendos en algunas épocas, y sin que hasta ahora se haya encontrado un tratamiento eficaz”. [...] si hubiéramos pactado la paz de los partidos como una contribución, aún insuficiente, a la de Colombia; si hubiéramos aplazado o eliminado la lucha implacable por el poder, si no hubiéramos

[Escriba aquí]

|

intentado curar la violencia incipiente con los estragos de la guerra total, habríamos aplicado uno de los grandes remedios posibles. Ahora nos hemos decidido por él. Es tardío, ciertamente. Pero es todavía eficaz. Si logramos canalizar hacia el objetivo único de la pacificación de la Patria las dos grandes fuerzas que han movido, bien o mal, la opinión pública casi desde los orígenes mismos de la nacionalidad, habrá, seguramente, más probabilidades de alcanzarlo que si al insondable foco de delincuencia le agregamos los incentivos de la lucha por el poder, el sectarismo y la abolición de la solidaridad entre los colombianos”. (Lleras, 1976, pp. 144 y 145)¹². Continuó, “Ante el brote salvaje de la violencia hemos debido orientar, desde el primer momento, todos los recursos, fuerzas, capacidad y energía a conjurar el peligro de su recurrencia [...]” (Lleras, 1976, p.144)¹³

En el mismo 1956 lograron la declaración conjunta liberal-conservadora para trabajar en un gobierno de coalición (Pacto de Benidorm, España). En contraposición, Rojas Pinilla se esforzó en crear su propio pacto en una asamblea constituyente mediante la cual buscó reelegirse; aunque allí se reconoció por primera vez el derecho al voto femenino y pese a su discurso contra “las oligarquías”, una gran ola de movilización estudiantil, un paro cívico de empresarios y sindicatos obreros con apoyo de los partidos, lo obligó a renunciar en junio de 1957, dentro de un gran júbilo nacional. Los estudiantes reclamaron la renuncia como fruto de sus movilizaciones pagadas con vidas y prisión (véanse Leal, 1981¹⁴ y 1982¹⁵; Karl, 2018). Defendieron “sus ideales con muertos que nosotros no tuvimos” escribió el reconocido intelectual Germán Arciniegas (Citado en Karl, 2018, pp. 26).

El gobierno quedó a cargo de una junta militar transitoria. Los dos partidos refinaron su acuerdo en el Pacto llamado de Sitges (1957, localidad cerca a Barcelona) con tres grandes componentes: un compromiso de convivencia que cesara la violencia entre liberales y

¹² “Nuevos propósitos”, 7 de agosto de 1958, en *Escritos selectos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1976, pp. 143-169.

¹³ “Nuevos propósitos”, 7 de agosto de 1958, En *Escritos selectos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1976, pp. 143-169).

¹⁴ Leal, Francisco. 1981. “La frustración política de una generación: la universidad colombiana y la formación del movimiento estudiantil 1958-1967”, en *Revista Desarrollo y sociedad*, N.6

¹⁵ Leal, Francisco. 1982. *Juventud universitaria y participación política*. Bogotá: Universidad de los Andes.

conservadores; reformas tendientes al desarrollo del país y la recuperación de la institucionalidad democrática. Dice Robert Karl que Alberto Lleras orientó el pacto Sitges por la idea de que “sería insensato que, al acudir por el sufragio a la fuente del poder, el pueblo se reabriera inmediatamente a la lucha por el predominio entre conservadores y liberales” (Karl, 2018, pp. 27). En vez, primero era necesario desterrar el partidismo de la administración pública, tener un servicio civil meritocrático y repartir tanto el Congreso como el gabinete ministerial entre los dos partidos, inicialmente por 12 años y luego lo acordaron hasta 16.

Para legitimar el pacto acudieron a un plebiscito popular convocado para el final del mismo año de 1957. Alberto Lleras estuvo a su cargo buscar adeptos en los partidos para los pactos, pero por, sobre todo, de explicar, convencer, persuadir a los colombianos heridos por la confrontación partidista (Karl, 2018), de la importancia del voto en el plebiscito, que además del gobierno de alternancia, recogía la ciudadanía femenina y su derecho al voto. Su eje discursivo fue reconstruir la *convivencia ciudadana*.

Como fue indispensable sumar a sectores militares a este propósito, el 9 de mayo de 1958, frente a jefes y oficiales de las fuerzas armadas, Lleras, como presidente ya electo, comprometió a las fuerzas armadas en el apoyo al primer gobierno del pacto y compartir una visión de sociedad:

“Hace tiempo que el país era un convaleciente y que había que tratarlo así, con cuidado, con tacto, procurando no golpearle los nervios, tratando de que no se abrieran otra vez las heridas, manteniéndolo, hasta donde sea posible, libre de agitaciones y esfuerzos violentos. Esto no es una figura retórica, es la verdad. Hay en Colombia una crisis social tremenda. Se han perdido las nociones fundamentales de la vida cristiana y aún de la más elemental vida social. Hay miseria, cada día mayor porque no hay seguridad en los campos” (Lleras, 1976, pp.133).

Continuó:

“Llevamos casi diez años de asesinarlos [...] de que mueran soldados, suboficiales, oficiales de todas armas y millares de campesinos de todos los partidos y sin partido
[Escriba aquí]
|

alguno” [...]. “Sé que las Fuerzas Armadas, sin una sola restricción van a ofrecerme toda la colaboración que el gobierno necesite de ellas “(pp. 135) [...]. “Lo que vamos a hacer, dijo, de consuno con las Fuerzas Armadas y el [nuevo] gobierno, es un grande, definitivo experimento de volver a vivir, como en otras mejores épocas de Colombia, en paz, con seguridad, sin dolores ni crímenes” (Lleras, 1976, pp. 133-135)¹⁶.

La propuesta de la *convivencia* trajo una oleada de optimismo en el país, fatigado en extremo de la confrontación, y los colombianos masivamente le apostaron a los principios de tolerancia y cooperación entre disímiles. Cuando en septiembre de ese año Alberto Lleras llegó a Bogotá, “las multitudes exultantes atiborraron las aceras y acompañaron su recorrido”, el tono era de “júbilo” por la victoria de la democracia y la anhelada derrota de la confrontación (Karl, pp. 29). De hecho, fue una renovación democrática y una talanquera para la violencia, así pasadas tres décadas se instalaron otras violencias y se aminoró el impulso desarrollista.

El plebiscito de diciembre de 1957 fue un éxito, lo votaron positivamente cuatro millones de personas, una cifra abrumadora para entonces, la mayor proporción de votantes en la historia colombiana, y la primera vez que lo hicieron las mujeres, con gran entusiasmo.

Lleras Camargo explicó así, en una plaza pública de la ciudad de Medellín, las razones “del primer gobierno conjunto de los dos partidos”:

“¿Qué dice la nueva Constitución, la que ustedes votaron? (...) Que los partidos, los dos que son contemporáneos de la nacionalidad, los únicos que hemos conocido como canales y a veces como despóticos amos de la opinión, gobernarán conjuntamente porque se teme que no sean capaces de hacerlo de otro modo, sin incurrir en abusos y conducir la nación a graves desastres”. (Lleras, 2021, pp. 84-85)¹⁷.

¹⁶ “Discurso en el Teatro Patria el 9 de mayo de 1958 frente a jefes y oficiales de las fuerzas armadas”, en: Lleras, Alberto. 1976. *Escritos selectos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, pp. 123-139.

¹⁷ “Discurso de Plaza de Cisneros, Medellín”, en Alberto Lleras y su máquina de escribir. *Facsimiles de sus discursos políticos y documentos de gobierno*. Caballero Argáez (ed.), Bogotá: Universidad de los Andes, 2021, pp. 83-93.

[Escriba aquí]

En el discurso de posesión como el primer presidente del Frente Nacional, el 7 de agosto de 1958, recalcó:

“La convivencia, la paz, la solidaridad de los colombianos son apenas expectativas [...] [Se requiere] una larga empresa que puede requerir la alteración de la mayor parte de nuestros hábitos” [...]. “Para reducir la violencia y reprimirla, [...] es preciso que la nación entera, sin reservas, se dedique a este trabajo supremo, no con la cándida esperanza de que cada iniciativa o cada acción aislada produzca el milagro de la paz, sino acondicionándose para una larga empresa que puede requerir la alteración de la mayor parte de nuestros hábitos, de nuestros conceptos y de nuestra capacidad para resistir duras pruebas” [...]. “Por eso declaro ante el Congreso que mientras no se haya restablecido totalmente el orden y reducido la violencia, el gobierno no tendrá prioridad para ninguna otra preocupación, ni va a dejar descansar al pueblo con su reclamación impaciente de apoyo, solidaridad y cooperación [...]”. “Los jefes políticos del país, casi sin excepciones, han logrado un acuerdo sin precedentes en la existencia republicana del país y él ha sido, a diferencia de las coaliciones transitorias [...] acogido por la opinión nacional en el plebiscito reformativo de la Carta” (Lleras, 1976, pp. 145-149)¹⁸.

Otra gran novedad del momento fue la participación inaugural de las mujeres como ciudadanas. Como director del partido liberal en campaña por el plebiscito, Alberto Lleras tituló su discurso el 28 de noviembre de 1957, en el teatro Faenza de Bogotá, *Las mujeres: una fuerza moral*:

“El 1º de diciembre, dijo, al cerrarse las votaciones [del plebiscito] se habrá producido una profunda, asombrosa transformación en la vida republicana de Colombia. Los valores políticos que conocimos antes habrán sido sustituidos por otros [...] Millones de mujeres pasarán de la acción subterránea a la superficie. [Este es un momento en que] se transforman las bases tradicionales de la lucha partidista por la reforma

¹⁸ “Nuevos propósitos. Discurso de posesión 7 de agosto de 1958”, 1976, en Alberto Lleras. *Escritos Selectos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, pp. 143-169).

constitucional que deja sin oficio las pasiones y sin premio a los apetitos violentos de poder” (Lleras, 1994, pp. 138)¹⁹.

Continúa con la condición de opresión de las mujeres, en su inmensa mayoría campesinas, “pues nada es suyo, ni los caminos por donde andan a distancia suficiente de sus maridos para oír órdenes y bastante para no ser oídas jamás”. [...] [La mujer es] “la avanzada de una transformación radical de la vida moderna [...] que despojó a los varones de su dominio absoluto y con el voto ha comenzado a prender una chispa de libertad [...]. Sois la fuerza moral más consistente y recia que el plebiscito haya tenido” (Lleras, 1994, pp.139-140)²⁰.

Unos días antes, el 18 de noviembre, en el teatro Junín de Medellín, había dicho “No sé si será la primera, pero si una de las primeras ocasiones en que un político se dirige a las mujeres colombianas como a una parte de la nación que delibera y decide”, y las invita a ser “compañeras de viaje por este territorio (Lleras, 1994, pp. 128)²¹.

Finalmente, en su discurso de posesión, el 7 de agosto de 1958, afirmó que la representación de las mujeres “no estará más mutilada en sus derechos” [...]. “Debemos celebrar ese acontecimiento como si hubiéramos adquirido la mitad del territorio patrio en una batalla gloriosa y sin sangre” (Lleras, 1994, pp. 166).

Las mujeres, una fuerza moral

Desde al menos dos décadas atrás, organizaciones de mujeres regadas por el país clamaban por derechos políticos. Magdala Velásquez en su trabajo sobre los derechos civiles y políticos de las mujeres muestra que durante el gobierno del liberal Alfonso López Pumarejo (1934-

¹⁹ Lleras Camargo, Alberto. 1994. *Reflexiones sobre la historia, el poder y la vida internacional*, Morales Benítez, Otto, (Comp). Bogotá: Ediciones Uniandes y Tercer Mundo Editores, tomo II, pp. 137-141.

²⁰ “Las mujeres: una fuerza moral, Alocución en el Teatro Faenza de Bogotá, 28 de noviembre de 1957”, en Lleras Camargo, Alberto, 1994, *Reflexiones sobre la historia, el poder y la vida internacional*, Morales Benítez, Otto, (Comp). Bogotá: Ediciones Uniandes y Tercer Mundo Editores, tomo II, pp. 137-141.

²¹ “Con el plebiscito se votará la paz para los colombianos”, en Lleras Camargo, Alberto, 1994, *Reflexiones sobre la historia, el poder y la vida internacional*, Morales Benítez, Otto, (Comp). Bogotá: Ediciones Uniandes y Tercer Mundo Editores, tomo II, pp. 126- 136.

1938) fue Alberto Lleras quien, como ministro de gobierno, presentó al Congreso el tercer intento de reforma política para reconocer el voto femenino, con el respaldo de mujeres de muy diversas condiciones sociales. Sin embargo, este proyecto limitaba el derecho hasta tanto no se reglamentara el sufragio y finalmente no fue aprobado. La activista Ofelia Uribe de Acosta le reprochó en varias oportunidades a Alberto Lleras el haber afirmado que en verdad las mujeres no tenían interés en la plena participación en la vida política y también el haber dicho que “el temperamento pasional de las mujeres complicaría más la política (Velásquez, Magdala. 1995, pp. 220).²²

No fue el único político liberal que tuvo dudas sobre el voto femenino, también el intelectual liberal Germán Arciniegas se opuso cuando fue ministro de Educación (1941-42 y 1945-46) y no solo al voto, sino al acceso a las universidades pues podría traer “varios trastornos sexuales” (Velásquez, 1995, pp. 220). Escuché decir a mi padre que por entonces muchos liberales se oponían a la participación política femenina pues temían que ellas serían manipuladas por los sacerdotes católicos, activamente alineados con el partido Conservador.

Durante el decenio de los cuarenta numerosas revistas, prensa y programas radiales se convirtieron en medio de expresión y aglutinación de organizaciones femeninas en distintas ciudades de Colombia, con banderas de acceso a la educación superior y a la ciudadanía. Sufrieron el ataque principal de los conservadores y el clero católico desde lo que Magdala Velásquez llama una “miscelánea conceptual”, que comprendía defensa de la moral, anti sufragismo, anticomunismo y la “personalidad” de la mujer. Pero aún periodistas liberales como el muy conocido *Calibán* escribieron que el voto femenino sería una quiebra social, la ruina moral y afirmaba la inferioridad femenina (Velásquez, 1995). Un ala del propio partido liberal votó en contra de los derechos propuestos en 1945 (segundo gobierno de López Pumarejo), que fueron derrotados, pese al apoyo del pequeño Partido Socialista Democrático y un sector liberal minoritario.

²² Velásquez, Magdala. 1995. “La Republica Liberal y la lucha por los derechos civiles y políticos de las mujeres”, en Velásquez, Magdala, (Ed.) *Las mujeres en la historia de Colombia*, Tomo I, Bogotá: Consejería Presidencial para la Política Social, Editorial Norma, pp. 83-228.

Pero en la medida en que se hizo más álgido el conflicto entre liberales y conservadores y el gobierno del conservador Laureano Gómez (1950-1953) lanzó una campaña moralista cristianizante para asegurar el lugar hogareño de las mujeres, los derechos femeninos tomaron carácter partidista claro. Laureano emprendió prontamente una verdadera cruzada contra los liberales como aliados de masones, comunistas y protestantes, hasta el punto que un arzobispo incendiario los llamó “hijos de lucifer”. Ha sido bien analizado cómo esta retórica sirvió de acicate para los ataques violentos contra liberales y protestantes en las zonas rurales y pequeños pueblos. La cruzada moral de religiosidad católica avanzó sobre la educación y se instauraron clases obligatorias de religión, se expulsaron catedráticos “librepensadores” y se intervinieron instituciones. Y llegó hasta la vida privada, dictando normas para el traje de las mujeres, los bailes prohibidos, la participación en espacios públicos, entre otros (Velásquez, M, y Reyes, C., 1995²³).

Durante el gobierno de Rojas (1953-1957) amplios grupos femeninos retomaron la lucha por el reconocimiento político; tres mil mujeres firmaron un memorial donde pedían el voto y desde los más diversos lugares llegaron cartas a la Asamblea Constituyente convocada por Rojas para reformar la constitución política. Pedían el voto, derechos laborales y acceso a la educación. Rojas, en efecto, nombró tres delegadas ante la Asamblea que presentaron un proyecto legislativo que concedía el voto, proyecto que se aprobó en agosto de 1954, en medio de álgidas discusiones. No obstante, este derecho no se hizo efectivo hasta el retorno de la democracia en 1957 (Velásquez y Reyes, 1995, pp. 253). Pese a la apertura de Rojas hacia derechos para las mujeres, durante 1955 y 56 las marchas de mujeres que pedían el retorno de la democracia fueron detenidas con chorros de agua. Finalizada la dictadura en 1957, y convocado el Plebiscito, activos comités femeninos invitaron a la participación. Votaron 1.835.255 mujeres, el 42% de los sufragantes. Velásquez y Reyes afirman que una vez pasada la efervescencia contra la dictadura y el esperanzador inicio del Frente Nacional, la participación plena de mujeres en la política se aplacó.

²³ Velásquez, Magdala y Reyes, Catalina, 1995. “Proceso histórico y derecho de las mujeres años 50 y 60”, 1995, en Velásquez, Magdala, (Ed.) *Las mujeres en la historia de Colombia*, Tomo I, Bogotá: Consejería Presidencial para la Política Social, Editorial Norma, pp.229-257.

En el discurso de posesión de Alberto Lleras como primer presidente del Frente Nacional reiteró el norte de “restaurar y consolidar la paz colombiana”, hacer imposible la violencia, entrar en “una auténtica era republicana”, con gobiernos sin favores especiales, sin red política clientelar con la creación de tres departamentos administrativos técnicos y exaltó la “participación, por fin, de la mujer en la vida pública” (Lleras, 1976, pp. 49- 151).

El movimiento estudiantil

Los estudiantes fueron la más importante fuerza de movilización contra la dictadura y a la inversa, la dictadura de Rojas Pinilla propició la aparición de miles de estudiantes en la escena pública. La acción estudiantil marcó el despunte de organizaciones regionales y nacionales orientadas en su mayoría por el partido liberal, determinantes en la caída de Rojas por la denuncia de atropellos cometidos y la exigencia persistente por democracia. Pero sirvieron también de cultivo para las nuevas tendencias de izquierda, que allí probaron sus inicios entre los universitarios.

Para algunos analistas la emergencia estudiantil fue la expresión del ascenso de capas medias urbanas que buscaban su lugar en la sociedad que cambiaba con rapidez (Acevedo, Álvaro y Samacá, Gabriel. 2011)²⁴, mientras otros subrayan la presencia nueva de ideologías marxistas y antiimperialistas entre los jóvenes (Sobre el movimiento de esa época véanse Lebot, 1976²⁵. Leal, 1981²⁶; Archila, 2012²⁷; Moncayo y Correa, 2023²⁸)

El movimiento estudiantil colombiano incorporó hasta hoy dos fechas simbólicas de este período: 1954, año de la muerte de trece estudiantes en Bogotá, atacados por el ejército en

²⁴ Acevedo, Álvaro y Samacá, Gabriel. 2011. “El movimiento estudiantil como objeto de estudio en la historiografía colombiana y continental: notas para un balance y una agenda de investigación”, En *Revista Historia y Memoria*, Núm. 3, pp. 45-78.

²⁵ Levot, Ivon, 1976. “El movimiento estudiantil durante el Frente Nacional”. En *Revista Ideología y Sociedad (1958-1974)*. N. 19

²⁶ Leal, Francisco. 1981. “La frustración política de una generación: la universidad colombiana y la formación del movimiento estudiantil 1958-1967”. En *Revista desarrollo y sociedad*, N. 6.

²⁷ Archila, Mauricio. 2012. “El movimiento estudiantil en Colombia. Una mirada histórica.”, en *Revista Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales*, N. 31, pp. 71-103.

²⁸ Moncayo, Víctor Manuel y Correa, Hernán Darío. 2023. *Rebelión universitaria 1971-1972. Una búsqueda de ruptura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia

[Escriba aquí]

manifestaciones en junio 13 y 14 (Acevedo y Samacá, 2011, pp. 45). El ministro de Guerra de Rojas, General Berrío, declaró que tenían “inconfesables propósitos extremistas encaminados a perjudicar el gobierno de la Fuerzas Armadas” (citado en Moncayo y Correa, 2023, pp.34). Es conocido el anticomunismo de Rojas, que lo llevó a declarar ilegal al Partido Comunista en 1954 y adelantar en 1955 una gran ofensiva militar contra un bastión de campesinos comunistas, que huyeron a las tierras bajas de los llanos, para algunos expandiendo más la influencia guerrillera. Cada año, organizaciones de estudiantes universitarios de establecimientos públicos en su mayoría, conmemoran el 13 de junio como día “del estudiante caído”.

Ese suceso llevó también a la conformación de la primera organización estudiantil, la Federación de Estudiantes Colombianos, que cubría estudiantes de centros públicos y privados y con dirigencia predominante del partido liberal. Al poco tiempo se fortaleció con organizaciones de centros universitarios regionales, todos movilizadas en marchas que pedían la salida de Rojas. Desde 1957, después de su caída, fundaron otra organización, la Unión Nacional de Estudiantes Colombianos, y esta fue cobrando un carácter de izquierda, de la mano de la recién creada Juventud Comunista de Colombia en 1958.

Paulatinamente, la organización se orientó a crear consejos estudiantiles por curso, carrera y universidad, que constituyeron la poderosa Federación Universitaria Nacional FUN (1963), cuyas marchas y demandas multipartidistas alcanzaron protagonismo público importante hasta la mitad de los sesenta, cuando un gobierno liberal tuvo la mala idea de disolverla, temiendo sus excesos²⁹. En efecto, en los sesenta se inició lo que Mauricio Archila llama la “línea insurreccional” (Archila, 2012)³⁰. Los grupos guerrilleros emergentes, luchaban por imponer cada uno su propia orientación política, no toleraban la presencia de estudiantes

²⁹ De esa organización salieron apreciados dirigentes estudiantiles para las guerrillas del Ejército de Liberación Nacional ELN y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia FARC: véase, por ejemplo, Arenas, Jaime. 2009. *La guerrilla por dentro*. Bogotá: Icono Editorial, impactantes memorias de quien fuera muy destacado dirigente de marchas estudiantiles nacionales, alumno de la Universidad Industrial de Santander UIS, muerto por el propio ELN en castigo por su salida de la guerrilla.

³⁰ Archila, Mauricio. 2012. “El movimiento estudiantil en Colombia. Una mirada histórica.”, en *Revista Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales*, N. 31, pp. 71-103.

[Escriba aquí]

liberales o conservadores, vistos como agentes de la burguesía, y la organización fue reducida a cantera de cuadros revolucionarios (Arenas, 2009)³¹.

La otra fecha que permanece marcada como un triunfo del movimiento estudiantil fue el 10 de mayo de 1957, cuando la renuncia de Rojas como resultado de un paro cívico nacional en el que tomaron parte estudiantes, sindicatos y empresarios. Un par de meses atrás, Alberto Lleras había hecho pública la declaración del acuerdo alcanzado entre liberales y conservadores para alternar la presidencia.

“Así concebimos en Sitges el necesario interregno, o el armisticio entre los colombianos, por una convicción firmísima de que todos los vicios y calamidades que ha padecido la República vienen del criterio sectario que envileció el espíritu de gobierno. [...] . En otros términos, [...] el presidente de Colombia en el sistema bipartidista tiene que dejar de ser un ciudadano con un partido, y ha de trabajar con los dos y para los dos” (Lleras, 2021, pp. 56)³².

Le advierte a las “propias tiendas del partido al que pertenezco” [liberal] donde se escuchan voces de “llanto y cólera por lo que llaman la pérdida del poder”, que como presidente no va a traspasar la “línea inflexible de la paridad en todas las ramas del poder” (Lleras, 2021, pp. 56).

Reflexiones finales

Al detenerse en una determinada coyuntura social es posible ver la red densa que conecta sentimientos colectivos con enunciados públicos y acción social en circuitos que se retroalimentan. En este caso, la noción de *convivencia civil* se plasmó en el pacto político bipartidista que dio lugar al Frente Nacional que se entretrejía con la aflicción por el daño de la violencia sufrida por muchos - se mencionan trescientos mil muertos y millones de desplazados internos – y la esperanza de pacificación y de lograr unir esfuerzos en común.

³¹ Arenas, Jaime. 2009. *La guerrilla por dentro*. Bogotá: Icono Editorial.

³² Lleras, Alberto. 2021. “Declaración de Alberto Lleras Camargo sobre su candidatura presidencial”, en *Alberto Lleras y su máquina de escribir. Facsímiles de sus discursos políticos y documentos de gobierno*. Caballero Argáez (ed.), Bogotá: Universidad de los Andes, pp.49- 65.

[Escriba aquí]

Ese sentimiento colectivo de dolor, repudio y esperanza en el futuro fue el que alentó a movilizar a cuatro millones de colombianos, más del 70% del censo electoral de entonces, para votar en el plebiscito de 1957 hasta entonces figura inédita. Pensemos que por entonces la población rural colombiana era todavía mayoritaria y acudir a las urnas requería un esfuerzo personal particular. Los medios registraron con abundancia el “júbilo” de la jornada.

Pero también cuando dos años más tarde de su elección, en 1960, hubo amenazas de derrocamiento, entonó con voz firme la defensa de ideales de libertad:

En las actuales circunstancias del país, y para la defensa del orden, no puede haber distinciones entre los dos partidos y a todos nos une un mismo ideal, la misma necesidad, el mismo deber imperativo [...]. Yo tengo plena confianza en que el pueblo colombiano rechazará unánimemente a los criminales que con tanta irresponsabilidad pretenden arrojar de nuevo a la república por los despeñaderos de la ruina y el desorden. Sobre todo, tengo plena confianza en que el pueblo trabajador, las masas obreras y campesinas, que apenas comienzan ahora a vivir el ambiente de libertad, único en el cual pueden prosperar sus legítimos anhelos y sus justas reivindicaciones, aplastará con la virtud de su presencia y de su esfuerzo estos intentos absurdos de volver a lanzarse en el torbellino de la violencia que ellas les costó tantas víctimas mientras que a quienes la dirigían acumulaban sin escrúpulo cuantiosas fortunas [...]. La república no perecerá. [...] Liberales: tengo confianza en vosotros. Confundidos con todos los buenos hijos de Colombia estamos al pie de la bandera de la legitimidad y del orden [...]. Procedamos con serenidad y sin un solo exceso; disciplinada y ordenadamente, pero con inflexible resolución (Lleras, 2021, pp. 139-141)³³.

Alberto Lleras no fue original cuando retomó ideas de progreso social que venían del gobierno liberal de López Pumarejo (1934-1938, segundo periodo 1942-1945) llamado la Revolución en Marcha - ideas reformistas más que revolucionarias - que circulaban desde los años treinta. Con esa línea de pensamiento legalizó al Partido Comunista que Rojas había combatido y trabajó por un modelo de gobierno bipartidista, creando instituciones técnicas (7 nuevos departamentos administrativos entre ellos el de estadística) y afrontando el atraso de relaciones sociales y económicas del campo colombiano con la reforma agraria³⁴, que desafortunadamente se detuvo varios años más tarde.

³³ Lleras, Alberto. 2021. “Discurso de Alberto Lleras Camargo en defensa del Frente Nacional, la paz y el orden público”, en *Alberto Lleras y su máquina de escribir. Facsímiles de sus discursos políticos y documentos de gobierno*. Caballero Argáez (ed.), Bogotá: Universidad de los Andes, pp.139-141.

³⁴ En 1961 Lleras logró aprobar en el congreso la ley de reforma agraria, Ley 135, con enorme oposición de grupos de ambos partidos.

[Escriba aquí]

Más allá de cuánto se logró y en qué falló, más allá de incorporar los nuevos conocimientos técnicos, emprender reformas sociales, impulsar la vivienda popular urbana o aumentar el presupuesto para educación, Lleras proyectó un estilo austero, un eje moral, encarnación de virtudes civilistas y republicanas. Por esto logró movilizar y abrir un horizonte de esperanza en el esfuerzo común, después de más de un decenio de violencia entre compatriotas (Karl, 2018).

Señala el historiador Fernán González que el Frente Nacional cobijaba grandes contradicciones internas, por un lado, una agenda de democratización y reformas sociales y por el otro, poderosas facciones locales (señores de la tierra, políticos) que se le oponían. González cita a Francisco Gutiérrez Sanín sobre la gran fragmentación política del país, donde grupos locales con gran autonomía “neutralizaban los intentos reformistas” (González, 2014, pp. 320³⁵). Los políticos tradicionales de la periferia se imponían sobre el centro. Este rasgo debilitó, entre otras, la reforma agraria y el fortalecimiento de la meritocracia. Esta misma fragmentación política favoreció la permanencia de focos de violencia que se prolongaron hasta mitad de los sesenta, muchas veces instrumentalizados por gamonales locales (Sánchez y Meertens, 1983³⁶).

La mayor decepción fue el renacimiento de otras formas de violencia política, en particular el espectro de organizaciones guerrilleras insurgentes y, décadas más tarde, las organizaciones criminales del narcotráfico con entronques globales; pero el país tuvo tres decenios de paz en la gran mayoría de su territorio. En especial entre 1966 y 1974 las tasas de violencia fueron bajas, de 25 por cien mil habitantes, semejantes a las del resto de América Latina. La vida civil funcionó bajo normas constitucionales y los grupos insurgentes creados en esos años existían en sitios remotos y con poco impacto. Robert Karl (2018) la llama *paz criolla*.

³⁵ González, Fernán, *Poder y violencia en Colombia*, 2014, Bogotá: CINEP/Colciencias. Cita a Gutiérrez Sanín, 2007, *¿Lo que el viento se llevó?? Los partidos políticos y la democracia en Colombia, 1958-2002*, Bogotá: Grupo Editorial Norma, pp.81-87).

³⁶ Sánchez, Gonzalo y Meertens, Donny, 1983. *Bandoleros, Gamonales y campesino. El caso de la violencia en Colombia*. Bogotá: El Ancora Editores. Citado en Fernán González, 2014. pp. 321).

Es cierto que ya habían enraizado en lugares aislados del campo colombiano guerrillas comunistas, las FARC³⁷ con la tesis de combinar “todas las formas de lucha” – movimiento armado y acción política legal- y todas las guerrillas convencidas de que solo la lucha armada victoriosa podría traer verdaderos cambios sociales revolucionarios. Esta fórmula se develaría como una trampa mortal para la militancia legal del Partido Comunista y una dificultad para las organizaciones de la sociedad civil que quedaron desde entonces, todas, bajo la sospecha de albergar intenciones insurreccionales. Pero los insurgentes solo tuvieron oportunidad de prosperar hasta la mitad de los años noventa cuando aprovecharon el impulso de las organizaciones criminales del tráfico de cocaína, que socavó las fuerzas estatales y produjo un extraordinario flujo de capitales ilegales.

En cualquier caso, la propuesta de Alberto Lleras produjo, efectivamente, un descenso de la confrontación partidista que se reflejó la gran baja de las tasas de homicidio entre 1960 y 1985, como se dijo. Una nueva forma de hacer política y un nuevo paradigma moral de entendimiento se instaló y las instituciones de corte tecnocrático asentaron la modernización del aparato de estado y el desempeño económico. El entendimiento no resultó de un simple pacto de escritorio entre los jefes políticos partidistas. Las grandes movilizaciones urbanas en pro de la paz, las manifestaciones de los jóvenes universitarios, la presencia inaugural de las mujeres en la política, el abandono del partidismo y sus luchas cruentas, la paz en los campos, fueron fruto de las emociones públicas y el marco de referencia de la convivencia entre ciudadanos (ver R. Karl, 2018).

Para empujar esa transformación del hacer en las relaciones políticas y sociales desplegó una oratoria resonante de vínculos afectivos y con el ejemplo moral de su propia figura. En el discurso de 1958 en la plaza pública de la ciudad de Medellín en el que aceptaba su candidatura presidencial dijo³⁸:

Si el Frente Nacional ha tenido semanas de pasión y horas procelosas en la selección del candidato a la Presidencia de la República no hay sino una causa: [...] Ciertamente el pueblo votó en el plebiscito la reforma extraordinaria que el sectarismo y la

³⁷ Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

³⁸ Lleras, Alberto. 2021. “Discurso en la Plaza de Cisneros de Medellín”, en: *Alberto Lleras y su máquina de Escribir, Facsímiles de sus discursos políticos y documentos de gobierno*. Caballero Argáez (ed.), Bogotá: Universidad de los Andes, pp. 45-65.

dictadura [de Rojas Pinilla] hicieron indispensable. La imposibilidad de regresar después de tanta crueldad y tanta estupidez de un solo golpe, a la lucha abierta por el poder entre los dos partidos tradicionales nos hizo concebir el sistema original y de emergencia que consiste en poner un límite igual a las ambiciones de predominio que en otras partes son apenas estímulo legítimo para el ejercicio democrático y entre nosotros fueron el impulso fatal hacia el crimen, la devastación y la tiranía [...]. Yo sé que lo que ustedes me están ofreciendo no es el casco coronado de colas de caballo para que sobresalga en una batalla entre colombianos. Para eso no sirvo. De servir para algo solo podría ser en el papel menos brillante, pero íntimamente glorioso, de **funcionario de la convivencia**, de trabajador testarudo de la buena vecindad, [...] de coordinador de los partidos en un gobierno conjunto que la Carta ha constituido. [...]

El que la nación haya vuelto sus ojos y su esperanza hacia mí no me conmueve como un tributo, que no merezco, ni como un homenaje que no me debe, sino como la más simple demostración de que sabe mejor que muchos de sus dirigentes en qué consiste el Frente Nacional, qué cosa es el gobierno conjunto [...] (Lleras, 2021, pp. 85.)

La nota de El Tiempo del 21 de abril de 1958 registró “En medio de un delirante entusiasmo, el pueblo de Medellín se congregó ayer en la plaza de Cisneros para aclamar al doctor Alberto Lleras como candidato del Frente Nacional a la Presidencia de la República”³⁹

En contravía de la mayoría de los historiadores, James Henderson (2021) y Robert A. Karl (2018) señalan que el Frente Nacional, pese a sus innegables limitaciones y derivas burocráticas, cumplió bien tres metas principales: devolverle a Colombia el sistema político democrático y constitucional; hacer que el buen trato regresara a los procesos políticos; y poner fin “al sangriento conflicto liberal conservador denominado La Violencia” (Henderson, 2021, pp. 18⁴⁰). Henderson dice que con el tiempo se olvidó el valor pacificante del acuerdo y la memoria se enfocó en sus muchos defectos y se le achacaron todos los males.

El balance de esta época con lupa en el pronto renacer de violencias y el reverdecimiento del clientelismo sobre el estado, nubla aspectos de la acción social que hizo posible alcanzar el pacto de paz y provocó cambios en la forma de hacer política. Esa acción social entrelazó la movilización de apegos afectivos compartidos en especial “restaurar la voz de la libertad” con narrativas públicas persuasivas y motivadoras.

³⁹ Redacción El Tiempo, eltiempo.com, *Hace 50 años*.

⁴⁰ Henderson, James. 2021. “Colombia en paz: Frente Nacional 1956-1974”, en Sierra Mejía, Rubén (Ed.) *Frente Nacional: Política y cultura*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, pp. 17-43

[Escriba aquí]

El núcleo afectivo estuvo en abandonar “las pasiones” partidistas y las luchas de poder y trocarlas por acuerdos de *convivencia* civil. En efecto, se sentaron bases de opinión pública democrática, como se proponía Lleras, en medio de un clima emocional de júbilo (Karl, 2018, pp. 29), que llevó a la caída de la dictadura de Rojas Pinilla y a la “formidable” votación del plebiscito que aprobó reformar la constitución. Fue trabajo de Lleras debilitar la rabia vengadora, fortalecer la confianza ciudadana y asentar la convivencia entre los partidos mayoritarios. En eso fue exitoso.

Acudí en extenso a los discursos de Lleras para que el lector pudiera palpar directamente el entramado afectivo y moral en las posturas que Lleras lideró. El conjunto narrativo evidencia el rol de las pasiones, cívicas en este caso, en el ejercicio político y también reafirman el papel de la narrativa como un acto político en sí mismo, que interpreta los acontecimientos del momento, tanto como se proyecta en acción política, como enseñó Hannah Arendt⁴¹ (2009).

Alberto Lleras habló sobre la magnitud de las metas de paz, enormes y espinosas, de lento y difícil proceso, y que solo eran posibles como tarea conjunta, sobre un horizonte que apelaba a tradiciones patrióticas y religiosas. El relato y la vida política se acoplan sobre un tejido emocional valorativo conocido por todos: “Lo que vamos a hacer [...] es un grande, definitivo experimento de volver a vivir, como en otras mejores épocas de Colombia, en paz, con seguridad, sin dolores ni crímenes”. “Si es así – termina - se escuchará el grito clamoroso de millones de colombianos saludando con júbilo (Lleras, 1994, pp. 139)⁴².

¿Este ideal se enredó entre intercambios burocráticos y la inclusión social trastabilló y perdió el rumbo? Es posible. Pero mucho nos hubiera servido en la dolorosa etapa posterior donde surgieron inéditas fuerzas de violencia que aún nos desafían convivir. La convivencia civil quizás aún tenga para enseñarnos sobre los pactos de paz y cómo sortear la tendencia a repetir lenguajes de confrontación.

⁴¹ Arendt, Hannah. 2009. *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós

⁴² Lleras Camargo, Alberto, 1994, *Reflexiones sobre la historia, el poder y la vida internacional*, Morales Benítez, Otto, (Comp). Bogotá: Ediciones Uniandes y Tercer Mundo Editores, tomo II, pp. 137-141.